



IX

Capturadas.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

La de Nevers continuaba con los ojos muy abiertos; pero estaba inerte y casi helada. Á no ser por las palpitations regulares de su corazón, se la hubiera creído muerta. La gitana, de rodillas ante ella, mirábala fijamente como cuando la durmió, murmurando palabras extrañas y pasando sus dedos por la frente, las sienes, los párpados y el pecho de la Duquesita. Pasó buen rato, y Flor fruncía el ceño.

—¡Despiértate!—dijo por fin imperiosamente.—¡Lo mando!

Aurora parpadeó un instante, bostezó, se incorporó, quedándose sentada, y miró en torno con extrañeza. Doña Cruz se arrojó en sus brazos y la besó.

—¿Dónde estamos?

—¡Salvadas! ¡Estamos salvadas, hermanita! ¡Nadie vendrá á buscarnos aquí!

—Me siento muy débil. ¿Quién me hatraído hasta aquí?

—Antonio Laho, el hermano de la hostelera.

—¡Ah, sí! ¡Es verdad! ¡Ya me acuerdo!—Se pasó la mano por la frente como para reunir sus recuerdos—¿Y dónde está ahora?

—Ahí cerca. Ha ido por víveres. Necesitamos recobrar las fuerzas, sobre todo tú. ¡Valor, Aurorita! ¡Gonzaga no nos hallará!

—¡Gonzaga!

Hizo un esfuerzo como para recordar algo que no podía precisar; pero fué inútil: no recordó.

Esta investigación interna no pasó inadvertida para Flor, que arrugó la frente acordándose de las palabras pronunciadas al empezar su éxtasis doloroso.

—¿Estaría lucida?—pensó.—Pero no; desvelada no puede acordarse del sueño: es la ley del magnetismo practicado por los egipcios. Con todo ¡si hubiera visto! Probemos—y pronunció en voz alta:—Hace un momento creíste ver al Príncipe, que nos perseguía con todos sus secuaces. Supongo que fué una alucinación causada por la debilidad, porque yo no vi ni oí nada.

—¡Dios lo quiera!—repuso la de Nevers estremeciéndose.

Hacia diez minutos que charlaban abrazadas, mezclando sus palabras con lágrimas de ternura y regoceljo, cuando súbitamente doña Cruz se levantó de un salto y se puso á escuchar.

—¿Qué te pasa?

—¡Nada! Había creído oír...

—¿Qué? ¡Tienes razón! Sí; yo también oigo hablar muy cerca—dijo Aurora con sobresalto:—¡Flor, ahí están!

Sus nervios excitados agrandaban los ruidos más leves, acercándolos á su oído mucho más que á los de su compañera.

—Quizás nos engañemos—dijo la gitana, queriendo tranquilizarse.

—¡No, no, no; yo no me engaño! ¡Ahí, es ahí! ¡Te digo que hablan en el subterráneo!

Las dos amigas se estrecharon una en los brazos de la otra.

—¿Serías capaz de andar, de continuar la fuga?

—No lo creo, Flor. ¡Voy á ver!

Trató de levantarse, y no pudo tenerse en pie.

—¡Imposible! ¡Ya lo ves!

Á la sazón ya no había posibilidad de engañarse: ambas oyeron claramente la voz de Montaubert.

—¡Estamos perdidas!—exclamó la Duquesita, haciendo un supremo esfuerzo para no desvanecerse de nuevo.

Montaubert, Taranne y Nocé dejáronse ver y lanzaron gritos de triunfo: llevaban en las manos sendas antorchas y las espadas desnudas.

—¡Ahí están! ¡Ahí están!—aullaron—¡Por la muerte de Dios! ¡Llegamos á tiempo!

Sin embargo, se detuvieron. Temían ver aparecer entre ellos y las doncellas á Lagardère, y la lucha no hubiera sido igual. Sólo eran tres contra el temible caballero.

—¿Estáis solas por ventura, señoritas?

Doña Cruz, en pie, con los brazos cruzados y los ojos chispeantes, exclamó:

—¡Cobardes!

Si en aquel instante hubiera tenido una espada, los habría atacado animosamente. Pero estando solas, los tres bravos no tenían miedo, y el insulto los hizo reír.

Volvamos ahora atrás para explicar cómo estaban allí los tres *enrodados* de Gonzaga.

Peyrolles estuvo bastante rato privado de conocimiento, y en cuanto pudo hablar se apresuró á poner á su amo al corriente de lo ocurrido.

—He descubierto en el jardín la entrada de un subterráneo, monseñor, y por allí se escaparon. Llevadme, y os la enseñaré; pero me temo que sea ya demasiado tarde.

¡Nunca es tarde!—dijo resueltamente Gonzaga frunciendo las cejas—¡Ceñíos las espadas! Voy

á distribuiros y á daros las órdenes oportunas. Necesitamos reunirnos todos aquí dentro de dos horas con las fugitivas, para pasar inmediatamente la frontera. Si no, yo las buscaré solo. ¿Estáis dispuestos?

¡Ya lo creo que lo estaban! Aquellos aventureros que prescindieron de su honor para seguir la suerte del Príncipe que los había hartado de oro, de placeres y de títulos, estaban siempre dispuestos á dar caza á las dos indefensas mujeres.

—¡Apresuráos—murmuró el mayordomo;—nos llevan mucha delantera!

Levantóse con trabajo, y diez manos se tendieron para ayudarle.

Jacinta permanecía en un extremo de la sala inmóvil y muda. Pensaba que las dos jóvenes y su hermano debían de hallarse fuera de todo peligro, á salvo de la persecución; y pasada la primera impresión, no concedió importancia alguna á las revelaciones de Peyrolles.

—¡Corre, corre, pobre diablo!—se decía.—¡Á juzgar por lo triste de tu estado, te ha costado muchísimo averiguar un secreto que vale bien poco! No basta conocer la entrada de una galería subterránea; y los que perseguís han salido ya y tienen ante sí amplios horizontes.

Apoyó el brazo en la mesa, colocó sobre él la cabeza y fingió que dormía. Así podía escu-

char sin que su semblante la vendiese reflejando impresiones que pudieran ponerlos sobre aviso. Pero Felipe de Mantua no lo entendía así. Dando un puñetazo en la mesa, ordenó:

—¡Seguidnos, posadera! Veamos ese paso misterioso por donde pueden fugarse las doncellas. ¿Qué pozo es ése? ¿Dónde está?

La vasca se levantó y repuso con sencillez:

—Si el caballero de Peyrolles está débil, que no se moleste en venir. Yo puedo enseñar á vuestras señorías tan bien como él ese agujero, ese supuesto pasaje por el cual nunca he visto bajar á nadie en veinte años que hace que estoy aquí. Él ha sido más afortunado que yo, pues en pocas horas ha logrado ver desaparecer por ese orificio á tres personas.

—Pero ¿es en efecto la entrada de un subterráneo?

—Así lo segura todo Bayona; pero yo he tenido tanta menos curiosidad de comprobarlo cuanto que, según el decir corriente, nadie ha vuelto á ver nunca á persona alguna de las que intentaron explorarlo. Mi casa está construída en el solar del castillo que habitó antiguamente Pero de Puyane, de sanguinaria memoria, y hay muchas leyendas cerca de estos lugares. Como no soy asustadiza, nunca me he preocupado de ellas, ni he visto en tantos años nada anormal y ex-

traordinario. Si queréis por vos mismo explorar ese presunto pasadizo subterráneo, allá vuestra señoría con lo que le ocurra.

—Ante todo, ¿adónde va á parar?

—Unos dicen que al Infierno mismo; otros, que al mar, al cual arrojaban en otro tiempo, sin más ni más, á los que estorbaban al señor; pero yo no sé nada, ni he tenido curiosidad de averiguarlo.

La placidez de su rostro, la calma de su voz y lo tranquilo de sus razones alejaban de la mente de los aventureros toda sospecha de complicidad de la huésped con las fugitivas.

—Si estáis decididos á bajar—añadió,—necesitaréis antorchas. Tomad.

Y ofreció tres ó cuatro, encendiendo una de ellas, á Gonzaga y sus secuaces.

—¡Vive Dios! ¡Ya lo creo que bajaremos! ¡Aunque tuviésemos que llegar al Infierno, iríamos á arrancar de las mismas garras de Satanás á Aurora de Nevers!—exclamó furioso Felipe de Mantua.

Ante una resolución tan enérgicamente formulada inclinóse la vasca con la mejor gracia del mundo, diciendo con cierto dejo de ironía:

—¡Adelante, pues, valientes caballeros! Voy á mostraros por dónde se va al encuentro de Satanás, según dicen los bayoneses. Pero no dejéis

de volver á contarnos lo que os haya acaecido, y, por si traéis sed, de mi cuenta corre teneros preparado excelente vino.

Dejaron en la sala al mayordomo, que no podía decirles más de lo que había dicho, y la huéspededa los guió por el jardín hasta el agujero abierto ante una higuera.

—No es muy profundo: mirad.

Y cogiendo un pedrusco, lo dejó caer; un segundo después llegaba al fondo.

—¿Quién reclama el honor de pasar el primero? ¡Buen viaje, caballeros! Voy á preparar vuestra comida, á no ser que almorcéis con el alma de Pero de Puyane.

Parecía burlarse, pero ninguno se fijó. Aquella expedición subterránea, misteriosa, al terminar una noche de holgorio y embriaguez, no era muy del gusto de los *enrodados*. Hubiérase enriquecido la paleta de un pintor con los colores de sus caras: las había rojas y violáceas. Oriol ostentaba en sus mejillas la palidez de la cera virgen; el Barón de Batz las tenía del color del azafrán. Sólo Gonzaga estaba impasible.

—¡Montaubert, Taranne y Nocé, adentro conmigo!—ordenó.—Vosotros tres ensillad los caballos, y rondad por la ciudad y sus alrededores ojo alerta. Este subterráneo no da al mar ni conduce al Infierno; sale, indudablemente, á las afue-

ras de la ciudad, al otro lado de las murallas. Hay que averiguar el punto de salida, sea encontrándolo vosotros, ó bien inquiriéndolo de los aldeanos del contorno. Así, vosotros delante y nosotros detrás, los fugitivos se encontrarán entre dos fuegos y serán cogidos.

Se tendió boca abajo en el suelo, adelantó la cabeza y la antorcha encendida, y examinó el agujero.

—Hay escalones de hierro, hendiduras para poner pies y manós y bajar cómodamente como por una escalera. ¡Seguidme!

Y desapareció, seguido de los que había designado. Los otros se apresuraron á cumplir las órdenes recibidas, y en breve no quedaba en la hostería más que Peyrolles con la huéspededa, que, no pudiendo prever los retrasos ocurridos, creía ya á su hermano y á las dos doncellas fuera del subterráneo desde hacía una hora.

Fué, pues, en busca de un colchón, que extendió en el suelo, instalándose encima Peyrolles con voluptuosidad, mientras que Jacinta, muy satisfecha porque Gonzaga no hallaría nada, cantaba una antigua balada vasca, en la cual se narraba que una doncellita perseguida por unos bandidos desaparecía de la vista de éstos cada vez que iban á echarle mano para apresarla.

El mayordomo intentó hacerla hablar dirigién-

dole preguntas insidiosas para averiguar si había tomado alguna parte en el complot. Por costumbre desconfiaba de todos, y no estaba muy convencido de la inocencia de la huésped. Pero ella estaba sobreaviso y dispó muy pronto sus recelos. Entonces se cambiaron los papeles, y fué la vascongada la que, aparentando interesarse por él, quiso enterarse de lo que le había acaecido.

—¿Y que ha podido sucederos, monseñor, para quedar en tan lamentable estado, desgarrado y manchado de lodo el traje? Además, parece como si os hubiesen maltratado. ¿Será verdad lo que se dice de ese subterráneo? Si es así, mi hostería va á desacreditarse. ¡Estoy desolada de que haya sido víctima de esos duendes un huésped de la jerarquía de vuestra merced! Por sí ó por no, creo que valdría más dar parte á la justicia para que castigue á los culpables.

—La justicia no tiene nada que ver en esto— respondió receloso aún el factótum de Gonzaga;—pero si esas damas pudieron huir, fué merced al auxilio y complicidad de un hombre. Vos le conocéis. ¿Quién es?

—Desde que los contrabandistas con quienes hablasteis se fueron, no ha entrado hombre alguno en la casa. Puedo jurarlo.

—Yo le he visto.

—Ó habréis creído verle.

—No logré distinguir sus facciones; le oí hablar, y le reconocería por la voz. Estoy seguro de que vos le conocéis.

La vasca se irguió con altiva dignidad.

—¡Me parece que desvariáis, monseñor! ¡La emoción tal vez! No tengo nada más que deciros, y os convendría dormir para reposar y tranquilizaros. No habéis dormido esta noche.

Ya era de día. Jacinta se fué á sus quehaceres, y el mayordomo no tardó mucho en dormirse.

Mientras tanto Gonzaga y sus tres acólitos habían entrado en el subterráneo, espada en mano y alumbrándose con las antorchas. Pronto descubrieron en el húmedo suelo las huellas del paso de las dos mujeres. Las alpargatas de Antonio dejaban muy leve rastro y de trecho en trecho: sólo un montañés hubiera podido apreciarlo. Á los pocos momentos las huellas eran nada más de una mujer; se veían dos pies en vez de cuatro. ¿Qué había sido de la otra? ¿Cuál de ellas era la desaparecida? Con las antorchas y las espadas inspeccionaron minuciosamente suelo y techo, hendiduras y rincones. ¡Nada! Sólo caminaba una mujer.

Gonzaga sentía una cólera furiosa. ¿Iría á escapársele su presa? En un instante recobró el vigor y la audacia de sus veinte años, y se lanzó adelante corriendo como un loco. Sus compañe-

ros apretaron el paso; pero les llevaba tanta delantera, que en breve le perdieron de vista. Seguros de reunirse al fin con él, avanzaron y tomaron por la galería de la derecha, sin ver que él había tomado por el ramal de la izquierda, que daba á la cascada. Un poco más lejos volvieron á ver las huellas de cuatro pies femeninos, y no tardaron en divisar á las doncellas, como hemos dicho.

—No podéis resistiros—dijo Montaubert después de la carcajada que le sugirió el epíteto de *cobarde* con que le gratificó la gitana.—¡Rendíos, señoritas! ¡No os haremos ningún mal!

Por fin decidiéronse á avanzar, pero con toda clase de precauciones, que aumentaban el desdén de Flor. La joven decidió tenerlos en jaque hasta el último instante.

Nocé repitió su pregunta:

—¿Estáis solas, nobles señoras?

Y al ver que no le respondían, varió la interrogación:

—¿Habéis huído solas?

—¡No!—respondió doña Cruz.

Los aventureros se detuvieron con inquietud. Hasta dieron un paso atrás.

—¿Y queréis hacernos la merced de decir quién os guiaba en este dedalo?

—¡Qué os importa?

—De todos modos...

—Pues bien; un hombre leal y valeroso, que va á volver.

Los secuaces de Gonzaga se miraron recelosamente.

—¡Pardiez!—balbuceó Taranne.—¡No puede ser sino Lagardère!

—Lo temo por vosotros—añadió Aurora, que cobraba ánimos.—Ya veo que tembláis.

—Temblar, no; pero eso mismo nos dicta lo que tenemos que hacer. Señoras os intimamos formalmente á que nos sigáis.

—Doña Aurora no puede andar—replicó la gitana.—Si no habéis perdido todo sentimiento de dignidad y de honor, os intimo á que la dejéis donde está.

—La llevaremos lo más suavemente que podamos.

—¡Los criados son dignos del amo!—murmuró la Duquesita.

—Los criados son galantes—replicó Nocé mordiendo el bigote.—Nada se opone á que lo sean. Y como el camino por donde hemos venido no es nada cómodo, volveremos á Bayona por otro más agradable, y no subterráneo.

Montaubert buscó la salida, y la halló. Separando una peña, la abertura dejaba paso franco á dos personas á la vez. No tardaron en encontrarse al aire libre, y formando con las manos

Taranne y Nocé la silla de la reina, invitaron á sentarse á Aurora.

Las dos jóvenes se abrazaron. Toda resistencia era inútil: habían caído de nuevo en manos de sus verdugos.

—¿Dónde está Gonzaga?—preguntó de pronto Montaubert.

Los tres caballeros se miraron.

—Debía haber llegado antes que nosotros. ¿Qué ha sido de él? Porque no es posible que se haya extraviado. ¿Habéis visto á Monseñor, señoras? ¡Responded!

De los ojos de Flor brotó un rayo de júbilo, pero enmudeció. Los tres hombres pensaron al mismo tiempo que si ellos no encontraron á Lagardère acaso Gonzaga tuvo el mal encuentro, y un estremecimiento les heló el espinazo.

—Si se ha extraviado—dijo con indiferencia Taranne,—ya hallará el buen camino. Vámonos; á menos que alguno de nosotros no vuelva atrás á buscarle.

La proposición no fué bien acogida. Ninguno tenía ganas de internarse solo por el subterráneo, en el cual podría encontrarse cara á cara con el temible caballero, que le haría dormir el sueño eterno en tan triste lugar.

Después de llamarle varias veces sin ob tener respuesta, pusiéronse en marcha para regresar á Bayona con el «rescate viviente».



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEX.

X

Fechoría póstuma de Pero de Puyane.

Al ver Jacinta aparecer súbitamente á los caballeros y sus prisioneras, brotó de sus ojos una lágrima, que se apresuró á ocultar á Peyrolles. No podía concebir cómo había fracasado el plan tan admirablemente combinado por ella. Por eso al principio sólo pensó en lamentar la suerte de las víctimas; pero muy luego, no viendo con ellas á su hermano, la angustia oprimió su pecho. Sabía que Antonio era incapaz de abandonarlas sin lucha, y temió que le hubiera sucedido una desgracia.

No se atrevió á manifestar su dolor con alguna pregunta poco hábil, y llevando instintivamente la mano á su navaja, al mismo tiempo que brotaban de sus ojos relámpagos de odio, examinó de una ojeada las espaldas de los truhanes de